

Todo empezó por una becaria

Victoria Vila llegó a Nicaragua y descubrió dos miserables pozos de agua manuales



FERNANDO MIÑANA

✉ fminana@lasprovincias.es

La joven que trabajaba en la conselleria de Blasco, los funcionarios y un abogado que no estaba ni colegiado representan el triunfo de los débiles

VALENCIA. Cuando Antonio Penadés, un abogado y periodista que no trabaja ni de abogado ni de periodista, aterrizó en Haití en 2009, la isla aún no había sido zarandeada por un terremoto de magnitud 7, pero la miseria ya estaba allí. Este valenciano de 43 años rastreó los orfanatos y topó con la desgracia más descarnada. En uno de ellos conoció a Jefe, un niño de siete años y unos meses que medía un metro raspado (1,04) y apenas pesaba 14 kilos. El chaval sufría parasitosis intestinal. Esa enfermedad se cura en España en quince días con unos medicamentos que están en cualquier farmacia. Al no ser tratado a tiempo, la infección detuvo su madurez mental. «Ahora tiene doce años y una edad mental de ocho, pero es un encanto», apunta Penadés, quien también aprendió en aquellos reductos para niños haitianos que con 3.000 euros –«eso allí es una fortuna»– cubren sus necesidades de un año completo.

Cuando el caso Cooperación alcanzó las páginas de los periódicos, Penadés ya hacía tiempo que estaba harto de las corruptelas de los políticos. Pero conocer que un dinero que debía ayudar a las víctimas del terremoto de Haití, la patria de uno de sus cuatro hijos, nunca llegó a su destino porque unos cuantos políticos querían más y más, le reconcomía. Después de tres noches sin pegar ni ojo, decidió actuar. «Fue por una cuestión de conciencia social. Yo estaba calentito y sentí la necesidad de hacer algo, de mirarles a los ojos o presenciar cómo les juzgaban».

Penadés, que nunca había ejercido como letrado, se co-

legió y redactó una querrela para personarse como acusación popular. La juez Nieves Molina aceptó. «Mi suerte fue ser tan individualista. Con el tiempo vi que si hubiera cedido a los ofrecimientos que me hicieron para personarme con un colectivo o una ONG, no hubiera tenido éxito. Yo me presenté como el padre de un niño haitiano en acogimiento permanente».

Mientras tanto, en los despachos de la conselleria de Solidaridad y Ciudadanía empezaron a ponerse nerviosos. Los trapos sucios empezaban a apestar y el conseller Rafael Blasco –presente en todos los gobiernos autonómicos de la democracia– intentó atar los cabos sueltos. El político reunió a su gente y pidió que firmaran un documento que certificara que no había irregularidades. Algunos funcionarios se negaron. Cuatro de ellos –ninguno mantiene su empleo– fueron llamados como testigos durante el juicio. «Era terrible: llegaban temblando porque sabían lo que se jugaban y que hasta podían pasar de testigos a imputados. Fueron cinco horas de duro interrogatorio, se dedicó a presionarles sin piedad, faltándoles continuamente al respeto, para que incurrieran en un error o una

contradicción», recuerda Penadés.

Entre el personal de la conselleria en aquella época estaba Begoña Campaña, que tutelaba a los becarios. La responsable solicitó información antes de enviar a una de sus trabajadoras a Nicaragua. La respuesta de la técnico pertinente fue que no podía mandársela porque esos expedientes estaban «en otras esferas». Pero la becaria viajó finalmente a Nicaragua. Victoria Vila se quedó estupefacta con lo que vio en el país centroamericano y llamó

«Los funcionarios llegaron al juicio temblando: sabían lo que se jugaban»

El letrado y escritor estuvo un año sin leer otra cosa que los miles de folios del sumario

«bastante alterada» porque apenas había dos pozos manuales de los que salía «muy poca agua» y, lo peor, de los 1,8 millones de euros adjudicados solo habían llegado 43.000.

«¿Dónde va el 'matao' ese?»

Con Blasco, defendido por Javier Boix, el letrado que liberó de su carga a Francisco Camps en el juicio de los trajes, cayeron otros siete miembros de la trama que también deberán ingresar en prisión. Uno de sus errores pudo ser menospreciar al enemigo. «Yo aluciné la primera vez que llegué allí y vi que en ese caso solo trabajaban los dos fiscales anticorrupción. Pero eso nos benefició. Yo creo que pensaron: '¿Dónde van esos dos fiscales y el 'matao' ese?'. Cuando quisieron reaccionar, ya era tarde».

El abogado novato se entregó a su propósito. Había mucho que hacer. «Así que me puse a ayudar», cuenta Penadés, quien se armó de

paciencia y dedicó todo su tiempo libre a tumbar a los poderosos. Aparcó su faceta de lector y escritor (ha publicado un libro titulado 'El hombre de Esparta' y otros relatos cortos, además de dirigir un taller de escritura) para leerse los 30.000 folios del sumario –«no leí otra cosa durante un año»–y, a continuación, entrevistarse con decenas de personas en busca de información. No dudó en 'jugar' a los detectives y acudir a un restaurante en busca de una factura que hubiera sido decisiva. «Por suerte no hizo falta, pero el dueño me respondió con la información que le preparé Blasco». Daba igual. Los débiles, un abogado sin toga, una becaria curiosa y unos funcionarios rebeldes, vencieron a los poderosos, que ya cargan con 41 años de cárcel y 80 de inhabilitación. Y lo que aún queda por juzgar.

Penadés considera que es importante manifestarse y salir a protestar a la calle. «Hay mucha gente con capacidades que está sentada en el sofá de su casa», indica, pero recuerda que los cambios «deben propiciarse dentro del sistema». La becaria está desaparecida. Este ruido estrepitoso la tiene asustada y ha decidido no volver a abrir la boca. La licenciada en Ciencias de la Información, que cobraba 1.800 euros, ya hizo bastante descubriendo que el dinero se quedó en Valencia.

◀ **El abogado.** Antonio Penadés se personó como acusación particular e investigó junto a los fiscales. :: IRENE MARSILLA

► **La becaria.**

Victoria Vila descubrió que el dinero se quedó en el camino.

:: JUANJO MONZÓ

